

francos sobre el precio de la vispera. Mazaud se separó y fué á dar la cifra á aquel de los *cotizadores* que tenía el Universal en su registro. Entonces, durante veinte minutos, aquello fué como si hubieran abierto una exclusiva: los precios de los demás valores se habían establecido igualmente, toda la masa de negocios que llevaban los agentes se concluía sin grandes variaciones. Y entre tanto, los *cotizadores*, cogidos entre el estrépito del *parquet* y el del contado, que también funcionaba febrilmente, pasaban grandes trabajos para inscribir todas las cotizaciones nuevas que iban á darles los agentes y los empleados. Atrás, la renta se enardecía igualmente. Desde que se había abierto el mercado, la multitud no zumbaba ya sola, con el ruido continuo de una inundación: sobre aquel rumor formidable, alzábanse ahora los gritos discordantes de la oferta y de la demanda, en un chillido característico, que subía, bajaba, se interrumpía para comenzar otra vez en notas desiguales y desgarradas, así como graznidos de aves de rapiña en medio de una tempestad.

Saccard sonreía, de pie junto á su pilar. Su corte había crecido más aun, el alza de diez francos del Universal acababa de emocionar la Bolsa, porque hacía tiempo que se pronosticaba una catástrofe para el día de la liquidación. Hu-  
ret se había aproximado con Sedille y Kolb, afectando lamentar muy de veras su prudencia, que le había hecho vender sus acciones al precio de

2500; mientras que Daigremont, como si nada le importase de aquello, paseaba con el marqués de Bohain del brazo y le refería alegremente la derrota de su cuadra, en las carreras de otoño. Pero sobre todo, Maugendre, triunfante, abrumaba al capitán Chave, que se obstinaba, sin embargo, en su pesimismo y decía que había que esperar al fin. Y reproducíase la misma escena entre Pillerault jactancioso y Moser melancólico, el uno radiante por aquella locura del alza, el otro apretando los puños, hablando de aquella alza obstinada, imbécil, como de un animal rabioso, que se acabaría de todos modos por abatir.

Pasó una hora, los precios seguían poco más ó menos los mismos, las operaciones continuaban en el *parquet* más en calma, á medida que las órdenes nuevas y los despachos las traían. Había así, hacia la mitad de cada Bolsa, una especie de apaciguamiento, la calma de las transacciones corrientes, esperando la lucha decisiva de los últimos precios. Entretanto seguíase escuchando el mugido de Jacoby, cortado por las notas agudas de Mazaud, empeñados uno y otro en operaciones con prima. «Tengo Universal á 3040, con 15.... Tomo Universal á 3040, con 10.... ¿Cuánto?... Veinticinco.... ¡Enviad!» Debían ser órdenes de Fayeux las que Mazaud ejecutaba, porque muchos jugadores de provincia, para limitar su pérdida, antes de atreverse á lanzarse en el firme, compraban y vendían con prima. Luego, corrió de pronto un rumor, alzáronse voces



entrecortadas: el Universal acababa de bajar cinco francos; y, golpe á golpe, bajó diez francos, quince francos, y cayó á 3025.

Precisamente en aquel momento, Jantrou, que había reaparecido, después de una corta ausencia, decía al oído á Saccard, que la baronesa Sandorff estaba allí, en la calle Brongniart, en su cupé, y que le enviaba á preguntar si era preciso vender. Esta pregunta, cayendo en el momento en que los premios flojeaban, lo exasperó. Volvía á ver al cochera inmóvil, en lo alto del pescante, y á la baronesa consultando su *carpet*, como si estuviera en su casa, subidos los cristales. Y respondió:

—¡Que me deje en paz! ¡Y si vende la estrangulo!

Massias llegaba á escape, al anuncio de los quince francos de baja, así como á un toque de alarma, comprendiendo que iba á ser necesario. En efecto, Saccard, que había preparado un golpe para levantar el último precio, un despacho que se le debía enviar de la Bolsa de Lyon, donde el alza era segura, comenzaba á inquietarse no viendo llegar el despacho; y aquella baja de quince francos podía traer un desastre.

Massias sin detenerse ante él, le tropezó hábilmente con el codo, y recibió su orden, con el oído alerta.

—Pronto, á Nathansohn, cuatrocientos, quinientos, lo que sea preciso.

Se había hecho esto tan rápidamente, que

Pillerault y Moser fueron los únicos que lo notaron. Lanzáronse detrás de Massias para enterarse. Este, desde que estaba á sueldo del Universal, había adquirido una importancia enorme. Se trataba de sonsacarlo, de leer por encima de su hombro las órdenes que recibía. Y él mismo, ahora, realizaba soberbias ganancias. Con su sencillez sonriente de poco afortunado, tratado rudamente hasta entonces por la suerte, asombrábase y declaraba soportable aquella vida de perros de la Bolsa, donde ya no decía que fuera preciso ser judío para salir adelante.

En el *corro*, en la corriente de aire helado del peristilo, que apenas calentaba el pálido sol de las tres de la tarde, el Universal había bajado menos rápidamente que en el *parquet*. Y Nathansohn, advertido por sus corredores, acababa de realizar el arbitraje que no había podido llevar á cabo Delarocque al principio: comprador en la sala á 3025, había revendido bajo la columnata á 3035. Esto no había exigido tres minutos, y se ganaba sesenta mil francos. La compra, en el *parquet*, hacía ya subir el valor á 3030, por ese efecto de equilibrio que los dos mercados, el legal y el tolerado, ejercen uno sobre otro. El galope de empleados no cesaba, de la sala al peristilo, abriéndose paso con los codos por entre la aglomeración. A todo esto iba á flojear el precio del *corro*, cuando la orden que Massias llevaba á Nathansohn lo sostuvo á 3035, y lo alzó á 3040; mientras que, de rechazo, el valor volvía también



en el *parquet* á su primer precio. Pero era difícil mantenerlo allí, porque la táctica de Jacoby y de los demás agentes que operaban en nombre de los bajistas, era, evidentemente, reservar las grandes ventas para el fin de la Bolsa, con el objeto de recargar el mercado y producir un hundimiento durante el curso de la última media hora. Saccard comprendió tan bien el peligro que, con una señal convenida, advirtió á Sabatani, que estaba fumando un cigarrillo, á algunos pasos, con su aire indiferente y lánguido de hombre afortunado con las mujeres; y este, deslizándose inmediatamente, con una agilidad de culebra, se dirigió á la *guitarra*, desde donde, con el oído alerta, siguiendo los precios, envió á Mazaud órdenes, en tarjetas verdes, de las que iba provisto. A pesar de todo, el ataque era tan rudo, que el Universal bajó de nuevo cinco francos.

Dieron los tres cuartos; ya no quedaba más que un cuarto de hora antes de la campanada de la clausura. En aquel momento, la multitud se agitaba y gritaba como flagelada por algún tormento infernal; el *parquet* ladraba, aullaba, resonando como un caldero que se hace pedazos; y entonces fué cuando se produjo el incidente esperado con ansia por Saccard.

El pequeño Flory, que, desde el principio, no había dejado de bajar del telégrafo, á cada diez minutos, con las manos llenas de despachos, reapareció una vez más, leyendo ahora un telegrama que parecía encantarle.

—¡Mazaud! ¡Mazaud!—llamó una voz.

Y Flory, naturalmente, volvió la cabeza como si hubiera contestado al llamamiento de su propio nombre. Era Jantrou que quería enterarse. Pero el joven le empujó, en su prisa, entregado á la alegría de decirse que el Universal acabaría en alza; porque el despacho anunciaba que el valor subía en la Bolsa de Lyon, donde se habían hecho compras tan importantes, que influirían de rechazo en la Bolsa de París. En efecto, llegaban ya otros telegramas, un gran número de agentes recibían órdenes. El resultado fué inmediato y considerable.

—A 3.040, tomo Universal—repetía Mazaud con su voz exasperada de prima.

Y Delarocque, desbordado por la demanda, pujaba cinco francos.

—A 3.045, tomo....

—Tengo, á 3.045—mugía Jacoby.—Doscientos, á 3.045.

—Enviad.

Entonces, Mazaud subió también.

—Tomo á 3.050.

—¿Cuánto?

—Quinientos.... Enviad.

Pero el espantoso estrépito iba siendo tal, en medio de una gesticulación epiléptica, que los mismos agentes no se entendían. Y, poseídos del furor profesional que los agitaba, continuaron por gestos, puesto que los bajos de los unos se perdían, mientras que las flautas de los otros



se debilitaban hasta desvanecerse. Véase abrirse las bocas, enormes, sin que pareciese salir de ellas un ruido perceptible, y solas las manos hablaban: un gesto de dentro á fuera que ofrecía, otro gesto de fuera á dentro que aceptaba; los dedos levantados indicaban las cantidades, las cabezas decían sí ó no, con una señal. Aquello era inteligible sólo para los iniciados, como uno de esos ataques de demencia que se apoderan de las multitudes. Arriba, en la galería del telégrafo, asomábanse cabezas de mujer, estupefactas, espantadas ante el extraordinario espectáculo. En la renta, habríase dicho que había una riña, una aglomeración central, encarnizada y dando puñadas, mientras que la doble corriente del público que atravesaba aquel lado de la sala, empujaba los grupos deshaciéndolos y volviéndolos á formar sin cesar, en continuos remolinos. Entre el contado y el *parquet*, por encima de la tempestad desencadenada de las cabezas, no se vela más que á los tres *cotizadores* sentados en sus altas sillas, que parecían sobrenadar así como restos de un naufragio, con la gran mancha blanca de su registro, llevados á la izquierda, llevados á la derecha, por la gran fluctuación rápida de los precios que se les echaba. En el compartimiento del contado, sobre todo, había llegado á su colmo la confusión, una masa compacta de cabelleras, ni siquiera de rostros, un bulle-bulle sombrío, aclarado únicamente por las notas blancas de los *carnets*, agitados en el aire.

Y en el *parquet*, alrededor del canastillo que las tarjetas arrugadas llenaban ahora con una eflorescencia de todos los colores, blanqueaban canas, brillaban cráneos, se distinguía la palidez de las caras convulsas, de las manos tendidas febrilmente, toda la mímica danzante de los cuerpos, allí más á sus anchas, como próximos á devorarse si la barandilla no los hubiera contenido. Aquel vértigo de los últimos minutos, había, por otra parte, ganado al público que se aplastaba en la sala, con un pateo enorme, en una desbandada de gran rebaño lanzado por un corredor muy estrecho; y solos, en medio del deslustramiento de las levitas, los sombreros de copa espejeaban bajo la luz difusa que caía de las vidrieras.

De pronto, atravesó el tumulto un repique de campana. Todo se calmó, los gestos se detuvieron, las voces se callaron, en el contado, en la renta, en el *parquet*. No quedaba más que el zumbido sordo del público, parecido á la voz continua de un torrente vuelto á su cauce, que acaba de desbordarse. Y, en la agitación persistente, circulaban los últimos precios: el Universal había subido á 3060, en alza todavía de treinta francos sobre los precios de la víspera. La derrota de los bajistas era completa, la liquidación iba á ser desastrosa una vez más para ellos, porque las diferencias de la quincena se saldarian por sumas considerables.

Un momento antes de abandonar la sala, Sac-



card se empinó como para abrazar mejor de un vistazo la multitud que lo rodeaba. Había realmente crecido, levantado por aquella victoria; toda su personilla se hinchaba, se alargaba, se hacía enorme. A quien parecía buscar así, por encima de las cabezas, era á Gundermann ausente, á Gundermann, á quien habría querido ver abatido, haciendo muecas, pidiendo gracia; y quería al menos que todas las hechuras desconocidas del judío, toda la cochina judería que se encontraba allí, con cara fosca, lo viese, transfigurado, en la gloria de su éxito. Aquella fué su gran jornada, de la cual se habla todavía, como se habla de Austerlitz y de Marengo. Sus clientes, sus amigos se habían precipitado hacia él. El marqués de Bohain, Sedille, Kolb, Huret, le estrechaban las dos manos, mientras que Daigremont, con la falsa sonrisa de su amabilidad de hombre de mundo, lo cumplimentaba, sabiendo bien que, en la Bolsa, se muere de victorias parecidas. Maugendre lo había besado en las dos mejillas, exaltado, exasperado al ver al capitán Chave encogiéndose de hombros, á pesar de todo. Pero la adoración completa, religiosa, era la de Dejoie, que venido corriendo del periódico, para conocer en seguida el último precio, permanecía á algunos pasos, inmóvil, clavado por la ternura y la admiración, llenos de lágrimas los ojos. Jantrou había desaparecido, llevando sin duda la noticia á la baronesa Sandorff. Massias y Sabatani respiraban con fuerza, radiantes,

como en la noche triunfal de una gran batalla.

—¿Qué tal? ¿Qué es lo que yo decía?—exclamaba Pillerault encantado.

Moser, con la cara muy triste, murmuraba sordas amenazas.

—Sí, sí, ya vendrá el batacazo... La carta de Méjico por pagar, los asuntos de Roma que se enredan más después de Mentana, la Alemania, que va á caer sobre nosotros cualquier día... Sí, sí, y esos imbéciles que suben todavía para caer desde más alto. ¡Ah, ya veréis, todo está perdido!

Y dirigiéndose á Salmon, que ahora estaba muy serio:

—¿Verdad que pensáis lo mismo? Cuando las cosas van demasiado bien, es que todo va á derribarse.

Entre tanto desocupábase la sala, y pronto no quedaría en el aire más que el humo de los cigarrillos, una azulada nube, espesa y ensuciada con todos los polvos que flotaban. Mazaud y Jacoby, otra vez correctos, habían entrado juntos en el despacho de los agentes de cambio: el segundo más conmovido por secretas pérdidas personales, que por las derrotas de sus clientes; mientras que el primero, que no jugaba, estaba entregado á la alegría del último precio tan valerosamente alzado. Hablaron algunos minutos con Delarocque, sobre cambios de obligaciones, teniendo en la mano sus *carnets*, llenos de notas, que sus liquidadores debían examinar por la noche, á fin de aplicar los negocios hechos. Al mis-



mo tiempo, en la sala de los dependientes, una sala baja, cortada por gruesos pilares, parecida á un aula mal cuidada, con filas de pupitres, y un guardarropa en el fondo, Flory y Gustavo Sedille, que habían ido á buscar sus sombreros, reían ruidosamente, esperando á conocer el precio medio, que los empleados del sindicato, en uno de los pupitres, fijaban con arreglo al precio más alto y al precio más bajo. A las tres y media, cuando quedó colocado en uno de los pilares el aviso, ambos relincharon, cloquearon, imitaron el canto del gallo, contentos por la bonita operación que habían realizado traficando sobre las órdenes de venta de Fayeux. Aquello era un par de solitarios para Chuchu, que tiranizaba ahora á Flory, con sus exigencias, y un semestre adelantado para Germana Corazón, que Gustavo había hecho la tontería de quitar definitivamente á Jacoby, el cual acababa de tomar por meses una amazona del Hipódromo. Por lo demás, en la sala de los dependientes seguía el escándalo, bromas estúpidas, aplastamiento de sombreros, en medio de empujones de colegiales en recreo. Y, por otra parte, en el peristilo, el *corro* concluía de cerrar tratos, y Nathansohn se decidía á bajar las gradas, encantado de su arbitraje, entre la oleada de los últimos especuladores, retrasados á pesar de que el frío se hacía terrible. Desde las seis, todo aquel mundo de jugadores, de agentes de cambio, de concurrentes al *corro* y de corredores, después de haber, los unos puesto en claro

su ganancia ó su pérdida, los otros hecho sus cuentas de corretaje, iban á ponerse el frac, para acabar de aturdir su jornada, con su noción pervertida del dinero, en los restaurants y en los teatros, en las reuniones y en las alcobas galantes.

Aquella noche, el París que vela y que se divierte, no habló más que del duelo formidable empeñado entre Gundermann y Saccard. Las mujeres, entregadas al juego por pasión y por moda, afectaban servirse de las palabras técnicas de liquidación, prima, transferencia, etc., sin comprenderlas. Hablábase sobre todo de la crítica situación de los bajistas que, desde hacía muchos meses, pagaban á cada nueva liquidación, diferencias cada vez más fuertes, á medida que el Universal subía, pasando de todo límite razonable. Ciertamente, muchos jugaban en descubierto y se hacían reportar, no teniendo con que recoger las acciones, con objeto de limitar su pérdida; y como el precio del reporte, del alquiler del dinero necesario para rescatar en liquidación, cuando se ha vendido al precio del día, se elevaba tanto más cuanto más raro se hacía el dinero, los bajistas, agotados, destrozados iban á ser aniquilados con seguridad, si continuaba el alza. Pero la situación de Gundermann, del que pasaba por su jefe todopoderoso, era diferente, porque él no se hacía reportar, tenía en sus cuevas sus mil millones, inacabables tropas que enviar á la lucha, por larga y por mortífera que fuese la campaña. Esto era la fuerza in-



vencible: poder recoger las acciones, estar siempre presto á entregarlas, hasta cuando hubiera que pagarlas más caras, con lo mejor de su oro. Y se hablaba, se calculaba las sumas enormes que debía haber consumido ya, haciendo avanzar de aquel modo, el 15 y el 30 de todos los meses, semejantes á filas de soldados que barren las ametralladoras, sacos de escudos que se fundían en el fuego de la especulación. Jamás había sufrido aun, en Bolsa, tan rudo ataque á su poder, que él quería soberano, indiscutible; porque si era, como se complacía en repetir, un simple comerciante de dinero y no un jugador, comprendía perfectamente que, para seguir siendo tal comerciante, el primero del mundo, disponiendo de la riqueza pública, necesitaba ser dueño absoluto del mercado; y se batía, no por la ganancia inmediata, sino por la soberanía misma, por su vida. De aquí la fría obstinación, la feroz grandeza de la lucha. Se le encontraba en los boulevares, á lo largo de la calle Vivienne, con su faz descolorida é impasible y su paso de viejo extenuado, sin que nada delatase en él la menor inquietud. No creía más que en la lógica. Más allá del precio de dos mil francos, comenzaba la locura para las acciones del Universal; á tres mil francos era la demencia pura, y debían caer, como la piedra lanzada al aire cae fatalmente; y esperaba. ¿Llegaría hasta el fin de sus millones? Alrededor de Gundermann, estre-meciáanse las gentes de admiración, y también del

deseo de verlo al fin devorado; mientras que Saccard, que despertaba un entusiasmo más tumultuoso, tenía en su favor á las mujeres, los salones, todo el mundo de los jugadores, los cuales se embolsaban tan bonitas diferencias, desde que acuñaban moneda con su fe, traficando con el monte Carmelo y con Jerusalem. Estaba decretada la próxima ruina de la alta banca judía, el catolicismo iba á tener el imperio del dinero, como había tenido el de las almas. Pero si sus tropas ganaban mucho, Saccard se encontraba á punto de quedarse sin dinero, vaciándose sus cajas por las continuas compras. De doscientos millones disponibles, cerca de las dos terceras partes habían sido inmovilizados de este modo: aquello era la prosperidad demasiado grande, el triunfo asfixiante que ahoga. Toda sociedad que quiere ser dueña de la Bolsa, para sostener el precio de sus acciones, es una sociedad condenada. Por eso, en los comienzos, había intervenido con prudencia. Pero siempre había sido hombre de imaginación, viendo demasiado en grande, transformando en poemas sus equívocos tráficos de aventurero; y en aquella ocasión, con aquel negocio realmente colosal y próspero, llegaba á extravagantes sueños de conquista, á una idea tan loca, tan enorme, que ni siquiera se la formulaba claramente á sí mismo. ¡Ah, si él hubiera tenido millones y más millones como esos cochinos judíos! Lo peor era que veía ya el fin de sus tropas, sólo algunos millones buenos



para la matanza. Luego, si venía la baja, le tocaría á su vez pagar diferencias; y, no pudiendo recoger los títulos, se vería obligado á hacerse reportar. En su victoria, la más pequeña piedrecilla haría volcar su vasta máquina. Se tenía conciencia de ello, hasta entre los fieles, los que creían en el alza como en Dios. Lo que acababa de apasionar á París, la confusión y la duda en que se agitaba, era aquel duelo de Saccard y de Gundermann, en el que el vencedor perdería toda su sangre, aquella lucha cuerpo á cuerpo de dos monstruos legendarios, aplastando entre ellos á los pobres diablos que se arriesgaban á jugar su juego, amenazando estrangularse uno á otro, sobre el montón de ruinas que producían.

Bruscamente, el 3 de Enero, al día siguiente mismo de la última liquidación, bajó el Universal cincuenta francos. Aquello produjo una profunda emoción. A la verdad, todo había bajado; el mercado, recargado hacía mucho tiempo, henchido fuera de medida, crujía por todas partes; dos ó tres negocios podridos se derrumbaban con estrépito; y, por otra parte, se habría debido estar habituado á esos saltos violentos de los precios que á veces varían en muchos centenares de francos en una misma Bolsa, enloquecidos, como la aguja de la brújula en medio de una tempestad. Pero, en el gran estremecimiento que corrió, todos sintieron el principio de la catástrofe. El Universal bajaba, y la noticia circuló,

se propagó con un clamor de multitud, formado de asombro, de esperanza y de miedo.

Desde el día siguiente, Saccard, firme y sonriente en su puesto, levantaba el precio con un alza de treinta francos, gracias á compras considerables. Pero el 5, á pesar de sus esfuerzos, la baja fué de cuarenta francos. El Universal quedaba á tres mil. Y, desde entonces, cada día trajo su batalla. El 6 volvía á subir el Universal. El 7 y el 8 bajaba de nuevo. Aquel era un movimiento irresistible, que lo arrastraba poco ó poco en una lenta caída. Se le iba á tomar por víctima expiatoria, á hacerle expiar las locuras de todos, los crímenes de otros negocios menos visibles, de aquel pulular de empresas sucias, caldeadas á fuerza de reclamos, que crecían como monstruosos hongos en el estiércol fermentado del reinado. Pero Saccard, que ya no dormía, que todas las tardes ocupaba su puesto de combate junto á su pilar, vivía en la alucinación de la victoria siempre posible. Como jefe de ejército convencido de la excelencia de su plan, no cedía el terreno sino paso á paso, sacrificando á sus últimos soldados, vaciando las cajas de la Sociedad de sus últimos sacos de escudos, para cerrar el camino á los asaltantes. Todavía alcanzó una ventaja señalada el 9; los bajistas temblaron, retrocedieron: ¿acaso la liquidación del 15 engorriaría una vez más con sus despojos? Y él, sin recursos ya, obligado á echar papel á la circulación, osaba ahora, como esos hambrientos que



ven inmensos festines en el delirio de su hambre, confesarse á sí mismo el fin prodigioso é imposible á que tendía, la gigantesca idea de recoger todas las acciones para tener los vendedores en descubierto, ligados de pies y manos, á merced suya. Esto acababa de ser hecho por una pequeña compañía de ferrocarriles: la casa de emisión lo había recogido todo del mercado; y los vendedores, no pudiendo entregar, se habían vendido como esclavos, obligados á ofrecer su fortuna y su persona. ¡Ah, si él pudiera acosar, asustar á Gundermann hasta obligarle á jugar en descubierto! ¡Si él pudiera verlo una mañana, llevando sus mil millones y suplicándole que no lo tomase todo, que le dejase los diez sueldos que necesitaba diariamente para la leche con que se alimentaba! Pero para esta jugada necesitaba setecientos ú ochocientos millones. Había lanzado ya doscientos á la pelea, y habría que poner aun en línea de batalla quinientos ó seiscientos. Con seiscientos millones barrería á los judíos, y sería el rey del oro, el amo del mundo. ¡Qué sueño! Y la cosa era muy sencilla, la idea del dinero quedaba abolida á aquel grado de fiebre: ya no había más que peones que poner en el tablero. En sus noches de insomnio alzaba el ejército de seiscientos millones, y los hacía matar por su gloria, victorioso al fin, en medio de los desastres, sobre las ruinas de todo.

El día 10 Saccard tuvo, desgraciadamente, una jornada terrible. En la Bolsa estaba siempre

soberbio de alegría y de calma. Y, sin embargo, jamás hubo guerra de aquella muda ferocidad, un degüello de todas las horas, la alevosía emboscada por todas partes. En esas batallas del dinero, sordas y cobardes, en las que se despamzura á los débiles sin ruido, ya no hay lazos de ninguna clase, ni parentescó ni amistad; sólo la ley del más fuerte, del que come para no ser comido. Por eso se sentía absolutamente solo, sin otro sostén que su insaciable apetito, que lo mantenía en pie, siempre presto á devorar. Temía, sobre todo, la jornada del 14, en la que había que responder de las primas. Pero aun encontró dinero para los tres días que precedieron, y el 14, en vez de traer una caída, afirmó el Universal, que, el 15, acabó en liquidación á 2860, en baja solamente de cien francos respecto del último precio de Diciembre. Había temido un desastre, y afectó creer en una victoria. En realidad, era la primera vez que los bajistas le ganaban, cobrando al fin diferencias, ellos que pagaban hacía meses; y, cambiando la situación, debió hacerse reportar por Mazaud, el cual se encontró desde entonces muy comprometido. La segunda quincena de Enero iba á ser decisiva.

Desde que luchaba de aquella suerte, en aquellas sacudidas diarias que lo hundían y lo levantaban, Saccard experimentaba por las noches una desenfadada necesidad de aturdimiento. No podía estar solo, comía fuera de su casa, acababa sus noches al cuello de una mujer. Jamás



había prodigado de aquel modo su vida, mostrándose por todas partes, corriendo los teatros y los restaurants donde se cena, afectando gastos exagerados de hombre excesivamente rico. Huía de Carolina, cuyas amonestaciones le molestaban, siempre hablándole de las cartas inquietas que recibía de su hermano, desesperada ella misma de su campaña al alza, de un peligro espantoso. Y veía más á la baronesa Sandorff, como si aquella fría perversión, en el pisito bajo de la calle Caumartin, le hubiera distraído, dándole el momento de olvido necesario en la tensión de su cerebro recargado de fatiga. Algunas veces se refugiaba allí para examinar ciertos documentos y reflexionar sobre ciertos negocios, feliz con decirse que nadie le molestaria. El sueño le aterraba, y dormía allí una hora ó dos, las únicas horas deliciosas de aniquilamiento; y la baronesa, entonces, no sentía ningún escrúpulo en registrar sus bolsillos, en leer las cartas de su cartera; porque se había vuelto completamente mudo, no le sacaba ninguna noticia útil, y estaba convencida de que la engañaba, cuando le arrancaba una palabra, hasta el punto de que no se atrevía á jugar con arreglo á sus indicaciones. Robándole así sus secretos, fué como adquirió la certidumbre de las dificultades de dinero con que comenzaba á luchar el Universal, todo un vasto sistema de papel en circulación, letras que descontaba en el extranjero, prudentemente. Saccard, habiéndose despertado una noche de-

masiado pronto y sorprendiéndola cuando examinaba su cartera, la abofeteó como á una mu-  
jerzuela que pesca sueldos en los bolsillos de los caballeros; y desde entonces le pegaba, lo que los ponía furiosos y después los rendía y los calmaba á ambos.

Sin embargo, después de la liquidación del 15, que le había llevado una decena de miles de francos, la baronesa comenzó á alimentar un proyecto. Aquello fué una obsesión, y acabó por consultar con Jantrou.

—A fé mía—le respondió éste—creo que tenéis razón, ya es hora de ir á casa de Gundermann..... Id, pues, á verle, y contadle el asunto, puesto que os prometió que, el día en que le llevarais un buen consejo, él os daría otro en cambio.

Gundermann estaba, el día en que la baronesa se presentó, de un humor de perro. Todavía la víspera, había subido el Universal. ¿Es que no iban á concluir con aquella hambrienta bestia, que le había comido tanto oro y que se empeñaba en no morir? Muy capaz era de levantarse otra vez, de acabar de nuevo en alza, el 31 del mes; y renegaba de haberse metido en aquella rivalidad desastrosa, cuando acaso le habría valido más hacerse su parte en la nueva casa. Desorientado en su táctica ordinaria, perdida su fe en la lógica fatalmente triunfante, se habría resignado en aquel momento á batirse en retirada, si hubiera podido retroceder sin perderlo